UNIVERSIDAD DE MADRID.

CONFERENCIAS DOMINICALES

SOBRE

LA EDUCACION DE LA MUJER.

CONFERENCIA DÉCIMOCUARTA.

SOBRE

LA MISION DE LA MUJER EN LA SOCIEDAD,

POR

D. FRANCISCO PI Y MARGALL,
ABOGADO.

23 de Mayo de 1869.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle del Duque de Osuna, número 3.
1869

SEÑORAS Y SEÑORES:

Tomo con gran desconfianza la palabra en este recinto, en que han resonado voces tan elocuentes y os han hablado tantos hombres de bello y brillante lenguaje. En otro tiempo, en que estaba consagrado á la literatura y á las artes, acaso habria podido adornar mi pobre discurso con las galas de la imaginacion; hoy, dedicado á las áridas cuestiones económicas y políticas, apénas podré hacer más que hablaros en un lenguaje claro y sencillo. ¡Si siquiera fuese nuevo lo que voy á deciros! Pero probablemente repetiré lo que tantas veces os habrán dicho labios más autorizados que los mios. Cuando, empero, se trata de ideas, si las ideas son buenas, ¿estará mal que se las repita? Nuevo ó viejo, voy á decir cuatro palabras sobre la manera como entiendo la mision de la mujer.

Mucho se ha dicho sobre la mujer, mucho se ha escrito; mucho se ha encarecido su importancia por unos, mucho se la ha rebajado por otros. Yo me atrevo desde luégo á afirmar que es un elemento altamente civilizador; que es uno de los elementos que más poderosamente pueden contribuir al desarrollo de los adelantos humanos.

¿Cómo? me preguntaréis. ¿Será acaso sacándola del estrecho círculo en que vive, y lanzándola por el camino de la ciencia, de la política, de la literatura y del arte? No niego yo á la mujer grandes facultades intelectuales; lo que sí creo es, que no es ésa la senda por donde puede cumplir su mision en el mundo.

Hay, ciertamente, en los pueblos modernos, y más aún en los extranjeros que en el nuestro, cierta tendencia, no sólo á que la mujer sea política y literata, sino tambien á que entienda de industria y de comercio. Pero en esos pueblos suele observarse que los lazos de la familia se relajan de dia en dia; que la mujer pierde las bellas cualidades de su sexo, sin adquirir las del hombre, y que, léjos de ser un elemento civilizador, pasa á ser un elemento perturbador, hasta tal punto, que, para perturbarlo todo, llega á perturbar á veces hasta las relaciones de la economía política.

La mujer que se entrega completamente á la industria, al comercio, á la literatura, á las artes, suele ver con cierto desden el hogar doméstico, te-

ner deseos de alejar de sí á esos mismos hijos cuya educacion le está confiada, ver en ellos un obstáculo para sus elucubraciones mentales ó sus trabajos científicos, y perder, por fin, su carácter, ese carácter sentimental que debe tener si quiere cumplir su fin y su destino.

Y si la mujer es pobre y tiene que dedicarse al trabajo, bajando al fondo del taller, de la fábrica, ¿cuán tristes no son los efectos de lo que estoy diciendo? Se ve entónces obligada á abandonar á sus hijos, á dejarlos sumidos en una triste soledad, que los hace insociables y huraños, ó á darles completa libertad, haciendo que rompan los hábitos de toda disciplina, y contraigan desde sus primeros años vicios que es muy difícil desarraigar más tarde. Esa pobre mujer, que baja al fondo del taller, cree, por otra parte, que así contribuirá al sosten de su familia, y ni áun esto logra: hace con su trabajo concurrencia al hombre, acaso á su propio marido, á su padre, á su hermano, y sucede no pocas veces que lo que ella gana lo pierda su marido, sin que pueda aumentar el capital de la familia ni cuidar de la educacion de sus hijos.

No es ese camino el que yo quisiera que la mujer siguiese; no fuera, sino dentro del hogar doméstico, creo que debe llenar su mision. En el hogar doméstico tiene la mujer su teatro, su asiento, su trono. Grande es allí la influencia que puede ejercer y los destinos que ha de cumplir; y para

que mejor se los comprenda, preciso es que diga algo sobre lo que es en general el hombre.

En el hombre hay tres grupos de facultades, ó por mejor decir, tres fuerzas: la inteligencia, la actividad y el sentimiento. Estas tres fuerzas no se desenvuelven en todos de una manera igual ni con igual energía; predomina en unos el sentimiento, en otros la actividad, en otros la inteligencia. Se desarrollan esas fuerzas con desigualdad hasta en los seres colectivos, en los pueblos.

Cuando estudiamos á grandes rasgos la historia, se ve en unos pueblos la personificacion de la inteligencia, en otros la de la actividad, en otros la del sentimiento. La inteligencia, por ejemplo, tuvo un gran desarrollo en los antiguos pueblos griegos, que echaron los cimientos de todas las ciencias, recorrieron toda la órbita de la filosofía, tuvieron poetas que áun hoy nos asombran, y artistas que levantaron la pintura y la escultura á su más alta expresion, aunque sólo fuese bajo el punto de vista de la forma.

Mas esos pueblos de tanta inteligencia carecieron, en general, de la actividad que se vió despues en Roma. No tuvieron suficiente fuerza para agruparse, para formar un cuerpo; no la tuvieron ni áun para llegar á la federacion; pues, si bien conocieron el consejo *de los Anfictiones*, es sabido que no tuvo ese consejo influencia ni para impedir las guerras de ciudad á ciudad.

Roma, la antigua Roma, hizo todo lo contrario. En los primeros tiempos, áun bajo el régimen de la República, apénas tuvo grandes oradores, filósofos ni poetas. Subordinó la especulacion á la accion, y desplegó una actividad portentosa, gracias á la cual se incorporó, no sólo la Italia, sino tambien España, Francia, parte de Alemania, la misma Grecia y grandes naciones de Oriente. Estableció entre todas esas naciones un lazo de unidad, que tardó en romperse, dándoles su propia lengua, sus leyes, sus instituciones, sus costumbres.

Rayaron muy alto Grecia y Roma, la una por su inteligencia, la otra por su actividad; pero no se vió en ninguna de las dos desarrollado el sentimiento, fuerza la más grande que puede haber en los pueblos. En Grecia y Roma no fué ni áun el arte la expresion del sentimiento; fué sólo la traduccion de la belleza, la reproduccion del mundo sensible.

Vino, empero, el Cristianismo, tras su triunfo la Edad media, y en esa edad el pleno desarrollo del sentimiento. Sucedió entónces un fenómeno especial. Con la venida de los bárbaros, no sólo se segregaron las antiguas naciones que componian el imperio romano, sino que se dividieron y subdividieron bajo la accion del feudalismo. Merced, sin embargo, al sentimiento que desplegó el Evangelio, merced al imperio del amor, que con él vino, notóse el particular fenómeno de que naciones así

divididas y despedazadas estuvieran animadas de una sola idea, y llevaran á cabo cosas tan grandes como las Cruzadas.

Se ha tratado, por fin, de armonizar las tres fuerzas en esos mismos pueblos, gobernados ántes por la actividad y la inteligencia. Se ha logrado algo; mas ¡qué léjos estamos aún de llegar á la armonía, que tanto se desea! Hoy los pueblos se dejan llevar todavía más por la inteligencia y la actividad que por el sentimiento; hoy vemos todavía á los pueblos agitados por una actividad febril, empeñados en trabajosas luchas de ideas, casi sin tregua para dar expansion á la vida del sentimiento.

Ahora bien, Señoras y Señores; la principal mision de la mujer está en fortalecer el sentimiento, en alimentarle, en darle fuerza, en hacerle la base de la actividad y de la inteligencia. Empeñado el hombre, como decia hace poco, en las rudas y trabajosas luchas de la vida, baja no pocas veces al fondo de sus hogares, triste, contrariado, agobiado por los desengaños, por la ingratitud, por la mala fe de las personas con quienes trata. La mujer tiene entónces la dulce y delicada tarea de despertar en el hombre el sentimiento, de abrir su corazon al amor, de contrarestar el pernicioso influjo que en él hayan podido producir la maldad y la perfidia de sus semejantes, de atajar los vuelos del egoismo y la avaricia, de recordarle que hay á su alrededor almas bellas y puras, familias desgraciadas, que

necesitan tal vez de su amparo, una patria á quien servir, una humanidad por la cual vivir, y si es preciso, sacrificarse.

¿Se quiere entónces, se me dirá, que la mujer sea tambien política? ¿Se quiere que la mujer tercie tambien en las ardientes luchas de los partidos? No, á buen seguro; no creo que la mujer deba nunca mezclarse en nuestras sangrientas luchas civiles; no creo ni áun que deba tomar parte en esas manifestaciones ruidosas que de algun tiempo acá vemos entre nosotros; no creo ni que deba hacer exposiciones en pro ni en contra de tales ó cuales principios que se estén agitando; pero creo, sí, que puede y debe influir en la política, sin separarse del hogar doméstico.

La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar, por ejemplo, por que se declare cuanto ántes abolida la esclavitud de los negros en nuestras colonias? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar porque se mejore la suerte de las clases trabajadoras, que, con ser el nervio y la riqueza del Estado, son las que más directa é inmediatamente sufren las consecuencias de nuestras crísis políticas y económicas? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se ha de interesar por todas esas clases que la fatalidad de las leyes económicas arroja sin cesar del banquete de la vida? La mujer, que es todo amor, todo sentimiento, ¿cómo no se

ha de interesar por las víctimas de la intolerancia, que no es otra cosa que la falta absoluta de amor? Puede la mujer influir en la marcha política de los pueblos; pero ejerciendo su accion sobre su marido, su padre, sus hermanos, sus hijos si los tiene, inflamándolos en el santo amor de la humanidad y de la patria. Lo repito: en el hogar doméstico, no fuera de él, ha de cumplir la mujer su destino.

Pero no está limitada aquí la accion de la mujer; la mujer tiene una mision más grande que cumplir, y ésa es la educacion de sus hijos. Hoy es costumbre, y costumbre altamente perniciosa, que la mujer abandone sus hijos á maestros extraños para que se los eduquen. Hoy es costumbre muy general enviar los hijos al colegio, donde pasan los más parte del dia, y no pocos, dias y meses enteros, sin ver á sus padres; costumbre altamente perjudicial, no sólo para los hijos, sino tambien para la humanidad. En los colegios se aprende indudablemente mucho; pero se hace indispensable que la inteligencia del niño se acomode al nivel medio de la de sus condiscípulos. Si tiene una inteligencia tardía, se la violenta para que llegue á igualarse con la de sus camaradas; si la tiene viva y rápida, se la condena á que siga el paso lento de la de los demas alumnos, debilitándola y haciéndole perder gran parte de su fuerza. Por otra parte, la accion del maestro sobre el alumno no es contínua, ni es posible que lo sea; su enseñanza podrá ser más metó-

dica, más razonada; pero no será nunca esa enseñanza de todos los dias y de todas las horas, que puede dar á sus hijos su propia madre.

Todas vosotras sabeis lo que son los niños. Al llegar á cierta edad tienen una curiosidad que crece de dia en dia; no ven un fenómeno de que no pregunten la causa; no ven un hecho de que no pregunten el motivo; no les decis nada de que no os pregunten el porqué. ¡Qué feliz momento éste para la instruccion de los niños! La madre aprovecha esa curiosidad, y si es instruida, si conoce lo que debe conocer, le está ilustrando constantemente, no sólo en las ciencias, sino tambien en la ciencia de las ciencias, en la moral, en la justicia. La madre aprovecha, explota esa misma curiosidad, y despierta y aviva la inteligencia del niño en todos los momentos; cosa que no cabe hacer en los colegios. Sobre todo, cuando el niño está ejerciendo su propia voluntad, de cada uno de sus actos toma pié la madre para una leccion de moral; si el acto es malo, le aprovecha para corregir los defectos del niño; si es bueno, para hacerle comprender lo que es el bien, la justicia, la virtud.

Así la educacion del niño por su propia madre es superior á la de los maestros, por ilustrados que sean. ¿Cabe ya mision más alta que la de la mujer? Abrir el alma del niño á la conciencia del bien, ilustrar su entendimiento, purgándole de todo género de preocupaciones, y haciéndole comprender la

verdadera causa de cada fenómeno y la razon de cada aserto, excitar, y moderar al mismo tiempo, su actividad, haciéndola redundar en provecho de sus semejantes, es una mision verdaderamente sublime. Las preocupaciones y los errores que se cogen en la infancia, sobre desaparecer difícilmente más tarde, oponen grandes dificultades al desarrollo de nuestras fuerzas intelectuales.

Pero cuando brilla más especialmente la mujer es cuando se dedica á formar la conciencia de ese niño para hacer de él un ciudadano bueno y un hombre probo. El hombre, han dicho unos, es un sér naturalmente bueno, pero corrompido por la sociedad; el hombre, han dicho otros, es un sér esencialmente malo, una especie de ángel caido, que no puede levantarse sino por una gracia sobrenatural. En mi concepto, son falsas las dos teorías. El hombre es un sér contradictorio, foco de virtualidades contrapuestas, sér donde luchan perpétuamente el bien y el mal, sér capaz de las más altas virtudes y de los más grandes vicios. Hay en el hombre buenos y malos instintos; el gran talento, la gran mision moral de la mujer está en hacer que los malos instintos se subordinen á los buenos, y hasta contribuyan al desarrollo de nuestras buenas inclinaciones.

Mas ¿qué moral será la vuestra? Preciso es que esa moral tenga una base ancha, tan ancha como sea posible. Preciso es que para enseñarla y practi-

carla os armeis de valor y tengais mayor virilidad de la que teneis de ordinario. Para hacer preponderar los buenos instintos sobre los malos, y empujar al hombre por la senda del bien, es indispensable, no sólo darle preceptos, sino manifestarle la fuente y raíz de la moral misma. Es preciso hacerle adquirir la conciencia de su propia dignidad, hacerle reconocer en su dignidad la dignidad de todos los seres que le rodean, y hacerle comprender que en sí mismo, en esa misma dignidad, tiene el principio de la moral y del derecho. Sólo entónces tendrá la moral del niño una base poderosa, que sobrevivirá á la ruina de todas sus creencias; que no habrá posibilidad de destruir jamas, cualesquiera que sean las revoluciones por que pasen la religion y la filosofía.

Pero hay áun más: es preciso desenvolver en el niño, no sólo la moral individual, sino tambien la moral social; es preciso que se le haga comprender cuáles son sus relaciones con sus semejantes, con su patria, con la humanidad. Sólo así se logrará el completo triunfo de los buenos instintos sobre los malos, de la virtud sobre el vicio.

He usado muchas veces de la palabra *humanidad*, y acaso álguien me pregunte qué entiendo por esta palabra. La humanidad, Señoras y Señores, no es el conjunto de seres humanos que pueblan en estos momentos la tierra. La humanidad es el conjunto de seres humanos que la han po-

blado, la pueblan y la poblarán más tarde. Conviene abarcar la humanidad en su conjunto; conviene considerar las generaciones pasadas tanto como las presentes; conviene, estudiando las presentes y buscando su relacion con las pasadas, trabajar por las futuras.

Son pocos los que han hablado de la importancia de la humanidad pasada; y sin embargo, todo lo que hoy somos, todo lo que tenemos, todo lo que disfrutamos, lo debemos á esas generaciones. Ha nacido el hombre en una tierra ingrata y ha encontrado en todas partes limitada la accion de su voluntad. Ha querido marchar, y ha hallado bosques que le han cerrado el paso, montañas erizadas de rocas, que se le han presentado insuperables, rios que no ha podido vadear, mares que le han aislado y llenado de asombro. La naturaleza le ha opuesto en todas partes una viva y tenaz resistencia, que sólo en siglos y á fuerza de sacrificios ha podido vencer. Hoy esas fuerzas naturales que ántes eran para el hombre una contínua limitacion de su albedrío, son fuerzas encadenadas á nuestro servicio, que sirven hasta para ensanchar la esfera de nuestra libertad.

Y pregunto yo : para dominar esas fuerzas de la naturaleza y subordinarlas al servicio del hombre, ¿qué de esfuerzos y de sacrificios no habrán sido necesarios? ¿Sabeis los mares de lágrimas y de sangre que representan esos grandes progresos de que

hoy disfrutamos? Pues todo lo debemos á las generaciones que pasaron.

Tenemos hoy desarrolladas las ciencias, descubiertos los secretos de la naturaleza y del hombre; y para llegar á ese resultado, ¡cuántas no habrán sido tambien las meditaciones, la fuerza de observacion, los ensayos de los hombres de las generaciones que murieron! ¡cuántos tambien sus esfuerzos! Arrostraron la ignorancia, el fanatismo, la supersticion, y muchos hasta hicieron el sacrificio de su vida en aras de la ciencia! Todo eso y mucho más debemos á las pasadas generaciones.

Tenemos hoy rotas las barreras del pensamiento, rotas las barreras de la conciencia; ántes de llegar á ese resultado, ¡cuántos hombres no han muerto en las cárceles y en los patíbulos! ¡cuántas gentes no han debido abandonar su patria, sus hogares! ¡Qué no debemos tambien por este concepto á la humanidad que pasó!

Y cuando todo esto debemos á las generaciones pasadas, ¿cómo hemos de poder olvidarlas? Sabiendo lo que han hecho por nosotros, considerando el inmenso capital que nos legaron de conocimientos, de riqueza, de libertad, de derechos, comprenderémos nuestros deberes para las generaciones presentes y las futuras; comprenderémos que debemos ahorrar ese capital, y no malgastarlo ni derrocharlo; que debemos guardarlo y conservarlo cuidadosamente, no sólo para nosotros, sino para los que tras

de nosotros vengan; que debemos ademas aumentarle. Viendo entónces las grandes amarguras y los inmensos sacrificios de las generaciones pasadas, aprenderán nuestros hijos, enseñados por sus madres, esa vida de abnegacion y de sacrificio, sin la que no es posible el progreso de la humanidad.

Sucede hoy con frecuencia que la mujer, en vez de hacerse eco de ese gran sentimiento, y acaso por ignorar lo mismo que estoy diciendo, favorece los instintos egoistas del hombre. ¡Cuántas veces, cuando el hombre se siente inclinado al sacrificio, llevada la mujer de un ciego amor, le detiene en su camino! ¡Cuántas veces, no teniendo la mujer suficiente fuerza para dominar su cariño, ataja los generosos impulsos del hombre, no diciéndole, como debiera: «Vé y cumple tu deber, aunque sea á costa de tu vida: eres miembro de la humanidad!»

No están aún cumplidos los destinos del hombre; nos hallamos todavía léjos de haber resuelto las grandes cuestiones que nos agitan hace siglos; tenemos todavía delante de nosotros cuestiones sociales, cuyo solo planteamiento espanta, pero que tarde ó temprano habrá que resolver. Y preciso es que, fija nuestra vista en las generaciones pasadas y las presentes, tengamos suficiente fuerza, suficiente desinteres, suficiente abnegacion para sacrificarnos por la resolucion de estos pavorosos problemas.

Mas, ¿podrá la mujer, siendo ignorante, llenar tan difícil mision? Yo he dicho que no creo que la

mujer deba entregarse por completo al estudio de las ciencias, de la literatura, de las artes; pero, al decir esto, no he querido decir que no deba instruirse. Estoy, por lo contrario, en que no puede llenar su fin moral sin una instruccion muy vasta, muy extensa. ¿Por dónde habia de poder ser la maestra de sus hijos, si no tuviera nociones, por decirlo así, enciclopédicas, si no conociera las ciencias de la naturaleza, hasta la higiene, para saber qué es lo que puede mantener la salud y desarrollar las fuerzas de sus hijos? ¿Cómo habia de ser posible que la mujer formára el corazon y la conciencia de sus hijos, si no conociera perfectamente las leyes de la moral y no se inspirára en la ciencia de lo justo y de lo injusto? Es necesario que esa instruccion sea cada dia mayor y más extensa, si ha de llegar la mujer á realizar sus altos destinos.

Pero no quiero molestar por más tiempo vuestra atencion: si grande es vuestra mision, Señoras, más grande es aún la preparacion de que necesitais. Instruios, trabajad por aumentar el caudal de vuestros conocimientos; procurad conocer los elementos de los ciencias todas, vosotras mismas comprenderéis entónces, sin necesidad de que nadie os lo diga, la gran mision que os está confiada, y tendréis fuerzas bastantes para realizarla.



1) i 25005625
2) i 25079438
3) i 25070204
4) i 25002533
5) i 2501223X
6) i 25081275
7) i 25042907
8) i 25004700
9) i 25056682
10) i 25018462
11) i 25075299
12) i 24991387
13) i 24995575
14) i 25056633
15) i 25084847
16) i 2502971X
17) i 25066523


35
LA EDUCACION
DE LA MUJER
286